
JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO,
Elegías a Julia Gay,
prólogo de Horacio
Vázquez Rial, Ed. Visor,
Madrid, 1993, Col. Visor
Poesía, nºCCIIC

EL DOLOR EN LA PALABRA

Elegías a Julia Gay contiene dos poemarios: *El retorno*, escrito en 1955, con 21 poemas y *El final de un adiós*, que vio la luz en 1984 y consta de 34 poemas. *El retorno* tuvo una cuarta y definitiva edición en 1986 en Lumen. José Luis Aranguren une ya los dos libros en el prólogo a esta última edición llamándolo <El retorno al adiós>. La combinación de los dos títulos sintetiza lo que la crítica ha expuesto más tarde: *Final de un adiós* es la obra que cierra el ciclo elegíaco dedicado a la madre del poeta, Julia Gay. La muerte súbita de Julia Gay, causada por una bomba lanzada por la aviación de los nacionales sobre Barcelona, durante la guerra civil, convierte al poeta en un caballo salvaje. Privado de niño, sin previo aviso, de su bien máspreciado, el poeta transforma la palabra en grito de dolor, y su poesía en arma de maldición y blasfemia. No hubo ningún augurio. Aquellos que ordenaban la vida y la muerte lo arrancaron de su mundo armónico. La agresión del tirano lo sumerge en la realidad dolorosa donde <golpea/ el misterio> de la muerte injusta.

La larga elegía de *El retorno* es una sucesión de desgarros, de poemas contenidos en su forma y léxico, pero desbordados por la fuerza de sus sentimientos desbocados: <por todos los mal nacidos de la tierra/ estás sólo presente en mi recuerdo>. La vida y la muerte -el aquí, con la "ausencia presente" del ser amado, y el allá de los abandonados y los muertos- cuartea el espíritu y la mente del poeta:<Pero tu nombre sigue aquí/ tu ausencia y tu recuerdo/ siguen aquí./ ¡Aquí!/ Donde tú no estarías/ si una hermosa mañana con música de flores/ los dioses no te hubiesen olvidado>. El odio y la rabia contra los asesinos, los bastardos, ponen en boca del poeta el grito desgarrado de la blasfemia y la maldición. Se debate entre el mundo que podía haber sido y el que es; en un país donde <nada quedó en su sitio>. Y sólo encuentra sosiego en la idea de un tiempo por venir, cuando se encuentre de nuevo con su madre, <cuando todo suceda>. Con el paso del tiempo el poeta se enfrenta de nuevo al dolor y al recuerdo. Utilizando el recurso del distanciamiento compone los poemas de *Final de un adiós*. El dolor por la muerte de su madre en la guerra se hace extensivo a toda la humanidad en sus contradicciones:<Por la ira fui niño sin sonrisa/ un hombre derrotado>, al que le acosan pesadillas aun despierto, la de la segunda guerra mundial; un horror que le aproxima a la negrura que desprenden <los hornos crematorios de Alemania>.

Final de un adiós guarda estrecha relación con *El retorno* no sólo por la similitud de la temática, sino, especialmente, por ser la evolución de un mismo sentimiento. Un sentimiento que ha madurado, que ha cicatrizado las

heridas, pero que no olvida. En este libro el poeta adopta un tono y una cadencia diferentes al primero: *<y no quise callarme/ ni dejarlos tranquilos con su fúnebre paz/ pues ya mi sitio/ estaba en otro lado/ enfrente con los compañeros/ terribles y obstinados>*. Y se da cuenta de lo fácil que es caer en la trampa del odio, que convierte al hombre en la peor de las alimañas: la creyente, la que *<mata por convicción/ por caridad>*.

El recuerdo doloroso y la ausencia, territorio triste en el que *<deben entenderse/ las cosas al revés>*, el poeta fuerza la memoria para retener una imagen gustosa. Pero en las sombras, la *<rata ciega>* vuelve con sus *<ritos de la noche sus engaños/ que cada vez repite diferentes>*; *<De esta manera/ voy aprendiendo muy penosamente>*. Y así descubre que cuando se separó del ser querido, fue en un cruce de caminos donde *<tú me besaste y seguirías/ por ese lado hacia la luz/ y yo viré y me perdí en el mundo>*, en *<la hora del zorro>*, en la vida cotidiana, con sus noches *<que te empujan/ a un tiempo que no existe>*.

Final de un adiós contiene al niño que se ha convertido en abuelo. El tiempo ha destilado la ira, el odio, el grito, el dolor. En el matraz resta el amor, el perdón, y la sustancia más densa: el recuerdo. *Final de un adiós* recorre las veintiuna estaciones del vía crucis de *El retorno* y añade trece más.

La memoria se ha concentrado bajo la inmensa presión de las vivencias y ha adquirido solidez en la forma perfecta y esencial del cristal de la melancolía. Ahora el tiempo pasado *<es como el eco>* que se repite *<perdiéndose en los montes>*.

Desde esa quietud, en la que el fluir de la vida ha sufrido la roca y la catarata, el poeta revive el recuerdo con la serenidad del observador que pasea por las galerías de un museo y contempla el lugar perfecto que ocupan las piezas ya inmortalizadas.

Y en ese edificio acabado, que es la madurez, se lee en el frontispicio: *<La evocación perdura/ no la vida>*, y en la salida *<la fragancia es el tiempo del no ser/ y la claridad su reino>*.

Al recorrer su obra final, el poeta-arquitecto anuncia: *<Digo que así será:/ cortaré el agua de los maleficios/ verteré azufre en la tierra/ y me iré a otro lugar/ a una región/ sin tiempo ni memoria/ en la que todo esté por comenzar.*

Ahora vemos al poeta alejarse en silencio impulsado por una voz que le ordena que se *<aleje del sueño/ que abandone>*. Ha despertado de su sueño, pero nos lega su obra para que no olvidemos que *<la evocación perdura>*.

CÉSAR VÁZQUEZ ROSINO